

ALGUIEN SABE COMO HA SIDO

LAMENTARME verme obligado a traer al «paralelo» de hoy el seco rigor, la exactitud denunciadora de una diligencia judicial. Amanecí ayer, Viernes de Dolores, con la resolución firme, a tumba abierta, de descubrir antes de veinticuatro horas el secreto de un suceso que nos compromete a todos, que a todos nos urge aclarar hoy mismo. Debo dar nombres propios, las generales de la ley, detalles íntimos de indagatoria que siempre, no puedo evitarlo, me dejan un rubor de sutil afrenta en el corazón. Tengo por la cruda verdad del ser humano un respeto imponente que va creciendo con los años, que me pone un verdadero temblor en los labios y en las manos.

Pero he aquí los datos exactos: Le pregunté a don Manuel de la Plaza, jurista magistral y presidente de la Sala Primera del Tribunal Supremo. Tenía los folios de una sentencia muy delicada en las manos. Ustedes no saben que cuando un hombre lleva cincuenta años tejiendo la Justicia, meneando esa pesada e hiriente lanzadera—«un sí e no mi mueve», «Unos gritan ¡viva, viva!—otros gritan ¡muera, muera!», como reza el romance del «Río Verde»—y en los ojos todavía le brilla un secreto que quiere reventar y no puede, se comprende que el pudor específico de los jueces es condenar a prisión mayor su propio corazón, echarle barrotes de mucho trabajo, fatiga, soledad y lánguidos emolumentos, un modo de juventud recóndito y perenne, y hablar de jubilación es por lo menos una alevosía. «Ya sabe usted que yo no hablo», me dijo Plaza. El brillo de las gafas se le volvió a derramar sobre los papeles. Y me consta que él sabía cómo ha sido.

Vengo poco a la Redacción de PUEBLO, aunque me remozca venir. Supe que en el archivo hay una joven Lolita, y las gracias de moza que trabaja en su Santo le brotaron firmes y secas, un poco pálidas. No me atreví a preguntarle, aunque sospecho que ella sabe algo de cómo ha sido este suceso de que escribo. Me iba ya. De pronto, en la sala de visitas vi a una bella dama que se llama Sara. Le acompañaba una mujer hermosa, Elyanne Vermeirsch, periodista de Bruselas. Salí al poco Emilio Romero y las saludé brevísimo, sin somnreír. Todo el secreto de cómo ha sido estaba trajinando en los cristales chispeantes de las gafas de este caballero, y no dijo nada. Pero Sara y Elyanne esperaban a Julio Camarero, redactor de sucesos del periódico. Lo vi llegar en «moto», petar-

deando el «suspense». Me dijo: «Ya lo sé que me esperan». Este joven siempre sabe algo de cómo ha sido. Y Ricardo Fernández de Latorre, ese morito de alma activísima, pero va el tío y se lo calla. Como hace Marino Gómez-Santos, aunque no lo parezca y estoy seguro de que se lo ha dicho Carmen Sevilla. Tico Medina lo sabía. Tico había sido insultado por alguien, pero él tiene un hijo de seis meses, de estos chavalitos que nacen ahora con ojos burlones y penetrantes. Enrique de las Casas tiene otro casi igual, y tengo la certeza de que esos ojos nacen ya calculados para verle la otra cara a la Luna. Estos padres toman a sus hijos, los besan y les dicen: «Hijo, si yo pudiera hablar...» Y esos niños parece que saben cómo ha sido.

Le pregunto a Carmen Debén, escritora y licenciada en Historia, mujer a quien los hombres irresistiblemente miramos, pues en ella se da el caso de que la Guerra de los Cien Años se vuelve guapa. Carmen parecía desencantada. Pero era que lo sabía. Dijo: «Me voy a ir a los Estados Unidos», y no me dijo más. Tampoco una locutora de la televisión, Consuelo Romero, me lo quiso decir. La marquesa de Montanaro, minutos después, estuvo a punto de revelármelo. En tiempos de Annual fue la joven más completamente adorable de Granada, y ahora,

en sus pinares de Cázulas, tiene un modo insólito de practicar la seguridad social: Cuando alguno de sus cientos de colonos se pone viejo, ella le dobla el retiro obrero que cobra del I. N. P. y le deja sacar cuanta leña quiere, y por eso ella sabe cómo ha sido.

Estaba ya desesperado y muerto de fatiga cuando me llamó Briones, director general de Obras Hidráulicas, sabio en pantanos, hombre alto y bueno, a quien el espectáculo de la incongruencia humana le tinte la frente de un ruboroso asombro. Fui y de repente me cayó encima la responsabilidad de un millón de metros cúbicos de agua para el abastecimiento de El Escorial. Me sentí un Ribadellago. Iba ya a meter mi desencanto en caso.

—La primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido.

—Yo, sí lo sé. Era una joven llamada Marta Patricia, brasileña, amiga de mis hijas. Datos exactos: es sobrina de Ricardo Giménez-Arnáiz, encantador sujeto. Empezaba a llover, y del suelo se alzó una fragancia antigua. «Yo sí lo sé.» Era como si una flor hablase, reventaba la inminencia de un amor por no sé quién, como no sé nada de mis propias hijas, Señor. Yo no sé nada. Y me entró una primavera de ganas de llorar.

José Antonio
TORREBLANCA

Pueblo. 21. Marzo. 1959